

Georges Sorel: La moralidad de la violencia proletaria

El profesor Paul Seippel escribía en el *Journal de Genève* del día 4 de febrero de 1918, refiriéndose a la revolución rusa dirigida por Lenin, que había sido la doctrina de Georges Sorel sobre la violencia la que servía de idea directriz a los revolucionarios bolcheviques. Este nuevo evangelio lo había expuesto el socialista francés en su libro *Reflexiones sobre la violencia*. «Durante su estancia en Suiza, Lenin y Trotzky han debido de meditar con tiempo el libro de Georges Sorel, cuyos principios aplican con la más terrible lógica». El periodista resume así el pensamiento soreliano sobre el particular: «El papel de la violencia se nos aparece especialmente grande en la historia, con tal de que sea (la violencia) expresión brutal y directa de la lucha de clases». Sorel replica a esta acusación doblemente: en primer lugar, Seippel no ha entendido su teoría, dándole más bien una interpretación malintencionada; en segundo, «no tengo —dice— razón ninguna para suponer que Lenin haya ganado idea alguna de mis libros; pero si fuera así, estaría yo más que medianamente orgulloso de haber contribuido a la formación intelectual de un hombre que me parece ser a la vez el más grande teórico que el socialismo ha tenido después de Marx y un jefe de estado cuyo genio recuerda al de Pedro el Grande»¹.

Lukács, hablando de Sorel, comenta que «Lenin le llamó una vez, de pasada, 'el conocido confusionista'. Y con toda razón. En él se mezclan y confunden, en efecto, las premisas y las conclusiones más burdamente contradictorias entre sí»². La obscuridad expositiva de este

1. Georges SOREL, *Réflexions sur la violence*. Quatrième Édition avec plaidoyer pour Lénine. Marcel Rivière et Cie., Paris 1919, 458 pp.: p. 437 s.

2. Georg LUKÁCS, *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. FCE, México-Buenos Aires 1959, 707 pp.: p. 25.

autor ha sido subrayada frecuentemente y es una experiencia clara e irritante para cualquiera que lea sus obras; él mismo se hace eco de esta queja de sus lectores, limitándose simplemente a reconocerla³. Sin embargo, no es tanta, creemos, como para reducir el concepto de violencia elaborado por Sorel a los términos a que lo hace el periodista de Ginebra antes citado. Su violencia se convierte, por virtud de las sucesivas precisiones con que la recorta, en una idea de tipo platónico, revestida de la belleza que el filósofo griego sabía infundir a sus formas ideales y, a la vez, de su misma inoperancia. Una «violencia platónica» no deja de presentar ciertas dificultades de comprensión, sobre todo referida al proletariado en pugna, cotidiana y concreta, por su emancipación. El confusionismo, en efecto, de Sorel no reside propiamente en el concepto que elabora de violencia, sino más bien en la posible relación que ese concepto pueda tener con la lucha revolucionaria. De las reflexiones sorelianas se desprende en todo caso que la violencia de que él trata es algo muy distinto de la brutalidad. Su justificación moral, en consecuencia, se realiza en un contexto muy diferente al acostumbrado en esta temática.

Georges Sorel se declara marxista, sindicalista y revolucionario⁴. De Marx acepta la tesis de que la oposición de clases ha de ser estricta si se quiere que los proletarios se preparen como clase única del futuro y si se quiere que la revolución necesaria para ello no sea un aborto; el proceso hacia una tal oposición era para Marx un dato objetivo que podía leerse en las leyes intrínsecas al desarrollo del capitalismo. Para Sorel, que reflexiona en una época posterior, el dato objetivo expresa lo contrario de lo vaticinado por Marx, y, por tanto, la separación de las clases, su respectiva autonomía, se convierte en algo que debe ser, por lo que hay que luchar, oponiéndose a todas las formas *ya existentes* de convivencia y confusionismo entre los diversos grupos sociales. [I].

La manera de salvaguardar un proletariado unido y puro, nítidamente separado a todos los niveles de su clase opositora, es la de mantener entre ellos una tensión violenta, un estado de guerra total; éste era para Marx el fenómeno primario producido inexorablemente por el sistema capitalista, el cual no permitiría otra solución que la revolucionaria. Sorel observa, en cambio, que así como la clarificación de las dos clases se va haciendo más borrosa, la enemistad entre las mis-

3. Cf. O. c., p. 6 ss.

4. *Ibid.*, p. 168.

mas se debilita, lo que pone en entredicho la supuesta violencia objetiva, base de la revolución social. [II].

I

LA POLARIZACIÓN DE LAS DOS CLASES

Según los análisis marxistas del capitalismo industrial incipente, la oposición entre burguesía y proletariado es la oposición de dos realidades en sí, independientemente de las disposiciones subjetivas de los individuos que integran una y otra clase; la relación entre ellas es, por su propia índole y en virtud de la ley de hierro del desarrollo capitalista, una relación hostil. A medida que la clase burguesa se acerca al logro de sus propios objetivos, en esa misma medida relega a los productores a un estado de mayor expolio y pobreza, aumentando consiguientemente el grado de enfrentamiento objetivo entre ambos.

El nacimiento de una *sociedad nueva* está supeditado a esta decantación progresiva de la clase proletaria, a este aislamiento por respecto a la burguesía explotadora. Se requiere, en efecto, para gestar la nueva sociedad, que el proletariado, además de quedar constituido en clase aparte y bien diferenciada, permanezca incontaminado de toda influencia positiva proveniente de su polo opuesto, pues sólo de esta suerte se garantiza la existencia de una fuente absolutamente nueva de la que puedan brotar *principios sociales nuevos*; si entre ambas clases los límites no son precisos, si media una cierta simbiosis de intereses e ideas, la futura sociedad nacerá viciada de residuos burgueses, al no ser obra exclusiva de los trabajadores. [A].

Al mismo tiempo, y como contrapartida de este proceso aislacionista de la clase obrera, también el capital se configura paulatinamente como una fuerza delimitada y compacta, segura de sí misma, emprendedora. Su vitalidad creciente aumenta su enfrentamiento objetivo a los proletarios y su alejamiento de los mismos. La autonomía e independencia del capitalismo garantiza, a la vez que condiciona, la autonomía del proletariado. Un capitalismo decadente y reformista pondría en peligro el curso de la historia humana hacia la revolución. [B].

A.—*La autonomía del proletariado*

Sorel toma como punto de partida para su elaboración del concepto de violencia el planteamiento de Marx.

La sociedad futura la constituirá el proletariado actual. Todos los predicados que se atribuyen a la misma han de forjarse en esta clase durante el período previo a la *transformación irreformable*⁵ que ocurrirá al término de la presente etapa capitalista. Para ello es necesario que la clase de los productores, además de configurarse como grupo claramente distinto del resto de la sociedad, se constituya en una unidad homogénea, un sujeto único e indiferenciado, en que cada miembro esté poseído de la misma responsabilidad, del mismo protagonismo y de equivalentes capacidades productoras que sus compañeros. De esta manera, cuando la clase enemiga desaparezca, la nueva sociedad será sencillamente el proletariado con las relaciones sociales por él forjadas en la etapa de su alumbramiento en el seno de la sociedad capitalista. Es decir, el proletariado ha de ser una clase en sí, pura, no mezclada ni con miembros de otras clases no productoras ni con elementos o intereses que no sean típicamente proletarios. [1]. Y ha de ser una clase para sí, esto es, ha de asumir como totalidad las labores de dirección, fraguando activa e independientemente sus propios valores culturales. [2].

No obstante, Sorel se da cuenta de que los detalles previstos en este planteamiento no se cumplen. Por eso, denostando a quienes cree responsables del desviacionismo sufrido por el movimiento socialista, se esfuerza por obtener un análisis más crítico y certero de la situación, proponiendo de paso las medidas que considera indispensable tomar.

1.—Contra el primer presupuesto trabaja la tendencia a incluir bajo el concepto y realidad de 'proletariado' a todos aquellos que padecen una injusticia social, haciendo caso omiso de las fronteras que separan a la clase de los productores del resto de la sociedad y degradando la lucha social a una mera pugna entre pobres y ricos⁶. Como consecuencia de este confusionismo, se entorpece y hasta se imposibilita la aparición del auténtico sujeto de la historia así como la formación de sus predicados genuinos; careciendo, en efecto, de homogeneidad y pureza sólo puede engendrar una ideología híbrida, incapaz de trazar una praxis concreta y determinada, mucho menos la propia y específica del proletariado. Este viene a reducirse a un aglomerado social informe, cuyos intereses y pretensiones coinciden con los de la clase dominante: son mejoras de orden material lo que buscan con preferencia: más altos salarios, pensiones, mejores condiciones de tra-

5. *Ibid.*, p. 201.

6. *Ibid.*, p. 75.

bajo, etc. Predomina el afán de igualarse con los burgueses; el llamado proletariado, en lugar de constituirse en clase aparte, castiza y cerrada, *imita* a la burguesía⁷; el supuesto protagonista de la historia se diluye e identifica con el sujeto al que se supone que la historia desbancará.

Este proceso de asimilación no es sólo debido a los esfuerzos del capitalismo por atraerse y controlar a los productores sino también a la labor de los dirigentes socialistas que dicen representar y defender los intereses del proletariado.

La burguesía hace concesiones a fin de restar mordiente a la hostilidad de los obreros y poder así disfrutar más tranquilamente de los privilegios adquiridos. Aboga por una paz social, un pacto de convivencia, que conjure todo acto de fuerza entre los miembros de un mismo Estado o nación. Subrayan la necesidad de un deber social, de una colaboración entre todos para construir una patria fuerte y unida frente a los posibles ataques del exterior.

Otro tanto hace, y con idénticos fines, el socialismo oficial o parlamentario, al que Sorel califica de traidor a la causa obrera por haber entrado en el camino del compromiso y del diálogo, haciendo de este modo el juego que le ha impuesto la clase burguesa. El reformismo de Bernstein dominaba por la época en la estrategia de la socialdemocracia alemana; en Francia es Jaurès quien lo patrocina práctica y teóricamente, dirigiendo Sorel a este socialista sus ataques más irónicos y continuados⁸. Para él los dirigentes de los sindicatos obreros, estén o no en el parlamento, son meros cazadores de prebendas dominados por la mentalidad burguesa, por más que algunos de ellos hayan tenido, al principio de su actividad política, un auténtico espíritu proletario⁹. El mismo juicio condenatorio le merecen los sindicatos al estilo de los Trade Unions ingleses, burocratizados y controlados por un grupo elitista¹⁰. En uno y otro caso la masa obrera es manejada por estos cabecillas; capitalizan su fuerza social para *meter miedo* al capitalismo y al Estado, obteniendo concesiones para los trabajadores pero sujetándolos al mismo tiempo dentro de los límites que ese capitalismo y ese Estado exigen y que son la garantía de su supervivencia.

Por esta senda la violencia objetiva o guerra entre las clases que

7. *Ibid.*, p. 262.

8. *Ibid.*, p. 29, 103, 155, etc.

9. *Ibid.*, p. 264 y *passim*.

10. *Ibid.*, p. 89, nota 2; p. 175.

pide la hipótesis marxista como necesaria para motivar la revolución no alcanza el nivel requerido; ello, porque el proletariado, al formarse por todos los descontentos de la sociedad y no sólo por los productores, y al mezclar, en consecuencia, sus intereses genuinos con los intereses materiales del tipo de los perseguidos por la burguesía, pierde su identidad como sujeto histórico específico, portador también de unos valores nuevos ajenos del todo a los del capitalismo.

El compendio de esta situación contaminadora la ve Sorel en la doctrina y acción democrática. La democracia aglutina las clases sociales; mas lo que postula la hipótesis marxista —y en este caso la teoría soreliana de la violencia— es una polarización de las mismas. En la defensa que hace de Lenin en un apéndice a la cuarta edición de sus *Reflexiones sobre la violencia*, en 1919, y ante el auge que los movimientos democráticos habían adquirido en Europa, Sorel no puede menos de expresar su desengaño y amargura: «Malditas sean —escribe— las democracias plutocráticas que hacen padecer hambre a Rusia; no soy más que un viejo cuya existencia está a la merced de mínimos accidentes; pero ojalá pudiera, antes de descender a la tumba, ver humillar a las orgullosas democracias burguesas, hoy cínicamente triunfantes»¹¹.

Sorel protesta contra este estado de cosas y propone una serie de principios teóricos esclarecedores y las medidas prácticas que de ellos se derivan.

Sólo los productores constituyen el proletariado como clase histórica. Dos son, en efecto, los factores que definen al hombre del futuro socialismo: una naturaleza auténticamente humana y unas relaciones sociales correspondientes.

La definición propia del hombre es la de *trabajador social*. Esta definición es mejor que la de animal racional que da Aristóteles, dado que el concepto de trabajador incluye el de ser vivo y el de discurrir racionalmente, añadiéndole el rasgo específico en que se realizan esas dos propiedades: el trabajo en grupo en orden a dominar el mundo exterior y convertirlo en un ambiente a la medida del hombre. En efecto, el único medio que tiene el hombre para sostener su vida —ser vivo— es el trabajo sobre la naturaleza natural o mundo exterior; por otro lado, el hombre no alcanza a conocer más que aquello que hace o realiza —aspecto intelectual o racional de la naturaleza humana. Sorel acepta la doctrina de Vico a este particular; se conoce lo que se

11. *Ibid.*, p. 454.

hace; la naturaleza natural es obra de Dios y su conocimiento, por tanto, no es accesible a nuestra inteligencia; la naturaleza artificial es obra del hombre y, en cuanto realizada por él, cognoscible. Por eso el saber está unido y es dependiente del trabajo manual; éste es tarea de los productores, por lo que sólo estos cumplen adecuadamente la definición de la naturaleza humana¹². Los intelectuales puros, pues, además de no ejercer función alguna que merezca la pena, están incapacitados para programar una estrategia socialista¹³.

Asimismo las relaciones que campearán en la nueva sociedad son las que surgen espontáneamente entre los trabajadores, en quienes se cumplen las condiciones básicas para generar la naturaleza humana perfecta. Estas relaciones nacen en el contacto con las máquinas y con los otros obreros, ya que no se puede entender al hombre si no es como vinculado, formando una totalidad, a los aparejos con los que gana su vida y con los que experimenta —y, por consiguiente, conoce— a la naturaleza¹⁴. El trabajo manual se inserta en una realidad objetiva que condiciona y determina los valores supraestructurales de todo género pertenecientes a la clase de los productores. Otro tanto puede decirse de la disciplina o estructura organizativa, la cual viene dada directamente, sin mediación alguna, por las condiciones mismas en que se realiza la actividad productora¹⁵.

En nuestros días el capitalismo está introduciendo en las fábricas un utillaje cada vez más perfeccionado; su manejo exige y fomenta una mayor capacitación intelectual de los obreros así como una mejor organización de las relaciones laborales. El progreso de la tecnología significa un incremento de todas las facultades humanas de los trabajadores; también un aumento de su libertad en la tarea de configurar su estructura organizativa, puesto que el gran rendimiento de las máquinas les ahorra esfuerzo físico y tiempo; la colaboración forzosa se torna en colaboración libre, la servidumbre a la naturaleza exterior en dominio progresivo sobre la misma¹⁶.

12. Cf. Mariano DÍAZ GUERRA, *El pensamiento social de Georges Sorel*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1977, 239 pp.: p. 68 ss. Sorel publicó un trabajo sobre Vico en la revista *Devenir Social*. Véase DÍAZ GUERRA, o. c., p. 44; Graziella PAGLIANO UNGARI, *Vico et Sorel*, en «Archives de Philosophie» 40 (1977) 267-281.

13. Cf. *Réflexions sur la violence*, o. c., p. 52; DÍAZ GUERRA, o. c., pp. 128, 158, 192.

14. Cf. *L'ancienne et la nouvelle métaphysique*, artículo recogido en el volumen *D'Aristote à Marx*. Rivière, Paris 1935, p. 96.

15. Cf. *Réflexions sur la violence*, e. c., p. 195; DÍAZ GUERRA, o. c., p. 126 ss.

16. Cf. DÍAZ GUERRA, o. c., pp. 107-108.

Es en el ámbito de la producción y no en el del consumo donde se centra radicalmente y se genera la naturaleza del hombre. Aristóteles había dado poca importancia al proceso productivo. Las labores manuales eran cosa de esclavos principalmente, y para dirigir a éstos el amo no necesitaba una ciencia notable, pudiendo muy bien encarar tan fácil menester a un capataz. El obrero o esclavo carecía de una educación intelectual y humana, por lo que se le debía tratar como a un ser desvalido, como a un niño, indicándole constantemente sus obligaciones y reprendiéndole sin mucha dureza. Es en la vertiente del consumo donde el filósofo griego sitúa la perfección de la naturaleza humana: quien está libre de las preocupaciones materiales —productivas—, ése está en condiciones de dedicarse al cultivo de la política, de la filosofía, de la amistad y de las virtudes, actividades todas éstas que distinguen y cualifican al hombre perfecto¹⁷. Los teólogos han heredado esta mentalidad, así como la burguesía, para la que es la propiedad privada la base de todo el ordenamiento jurídico y relacional, no siendo el proceso productivo y la participación activa en él ni un condicionante de la propiedad ni mucho menos de la perfección humana genuina. Para el socialismo, en cambio, el trabajo manual es la clave de esa perfección; en él y por él se sitúa el hombre en la línea de su esencia y hace uso del único instrumento capaz de desarrollarla.

Los productores son sujetos activos; en su seno surge la verdadera naturaleza humana y de su trabajo emanan los predicados genuinos de ésta. No están de suyo, ni deben estarlo, subordinados a la sociedad presente. De cara a la burguesía y a la sociedad por ella construida no cabe suponerles *obligación moral* de ningún tipo, pues entonces se sometería la evolución del proletariado a los criterios burgueses, y, en consecuencia, se le corrompería, impidiendo la emergencia del hombre y la sociedad nuevos; frente al pacto social que en nombre del deber patrio se les quiere conminar, los proletarios responden declarándose antipatriotas; también antimilitaristas, por ser el ejército la institución en que se manifiesta exteriormente el poder burgués¹⁸. Tampoco persiguen los obreros *reivindicaciones*, pues no harían con ello otra cosa que condicionar su comportamiento a los valores de que se nutre la clase burguesa, poniendo en entredicho la absoluta autonomía de que han de gozar en su tarea histórica reno-

17. Cf. *Réflexions sur la violence*, e. c., pp. 364-367.

18. Cf. *Ibid.*, p. 162 ss.

vadora; el proletariado no se preocupa de mejoras materiales, no imita —no debe imitar—, a la burguesía. La independencia y protagonismo de la clase proletaria la resume Sorel en el principio de que los obreros sólo tienen *derechos*¹⁹; se indica aquí la actitud exclusivamente creadora del proletariado en relación a la futura sociedad; por respecto a ésta tal derecho se traduce en una obligación, pero por respecto a la presente burguesa se traduce en derecho a una total autonomía y rechazo declarado de cualquier aproximación o compromiso. El proletariado trabaja, y funda el derecho en la productividad; la burguesía consume, y funda su derecho en la propiedad privada; entre ambos sistemas jurídicos no existe contacto alguno; el primero no entraña ningún deber u obligación respecto del segundo.

Va de suyo que el proletariado deja de ser el sujeto total del proceso renovador cuando delega la gestión de su cometido en alguna entidad distinta de sí; esto sucede si políticos de oficio asumen la tarea de representarlo, o si intelectuales de profesión les adoctrinan acerca de cuáles son sus intereses y cómo los pueden defender. Estos políticos e ideólogos no guardan contacto con las máquinas ni con el mundo de la producción, no pudiendo percibir los postulados que emanan espontáneamente de ese mundo y que afectan sólo a quienes están insertos en él. Por otro lado, tales representantes están en relación con el mundo burgués de cuya mentalidad se contaminan, proyectándola después sobre sus representados, corrompiéndolos. Nada se parece más, —dice Sorel— a un representante de la burguesía que un representante del proletariado²⁰. La disciplina que ellos tratan de imponer, basándose en que el obrero no tiene el conocimiento o la educación adecuada para gobernarse en la búsqueda de sus propios intereses, se reviste del carácter de una coerción tanto por lo que mira a la emancipación de los productores como por lo que mira al proceso evolutivo que para el proletariado marcan las leyes del desarrollo histórico. Es preferible, según Sorel, que los trabajadores dispongan por algún tiempo de una organización débil y caótica, pero propia, antes que caer bajo la dirección hegemónica de cualquier grupo elitista, que no haría otra cosa que copiar las formas políticas de la burguesía²¹.

En una palabra, el proletariado como clase histórica, está formado exclusivamente por los productores manuales, únicos en quienes ocu-

19. Cf. *Ibid.*, p. 81 ss.; DÍAZ GUERRA, o. c., p. 162.

20. Cf. *Ibid.*, p. 55.

21. Cf. *Ibid.*, p. 268.

rren los cambios que auguran y conducen a una transformación irreformable de la sociedad; ni los políticos dirigentes ni los intelectuales puros ni los que, por muy pobres que sean o por muchas injusticias que padezcan, no están en contacto con las máquinas pueden formar parte de esta clase. A todos éstos, en efecto, les vincula quizá el deseo de una mayor justicia, pero ello no es suficiente para erradicarlos del sistema y estructuras burguesas, a las que intentan reformar. De lo que se trata empero es de sustituir para siempre lo burgués por lo proletario, esto es, la sociedad de consumo por la sociedad productora; esta innovación total está reservada por ley histórica a los solos productores.

2.—El segundo presupuesto —que el proletariado se erija en clase para sí— requiere que los obreros, constituidos ya en clase cerrada sobre sí misma y separada inequívocamente del resto de los grupos sociales, construyan activamente esa unidad, esto es, que ordenen su praxis de una manera positiva y consciente al fomento de aquellos valores que definen su esencia y su tarea emancipadora universal. Para ello precisan, sin duda ninguna, de una educación apropiada, pero no de un adoctrinamiento desde el exterior; la experiencia en el trabajo y actividades diarias es la fuente primordial de la que los obreros aprenden las normas para organizarse y plantear la guerra total a la burguesía. Tanto la unidad propia como la oposición a la sociedad está vivamente representada en la idea de huelga general, que opera continuamente en el pensamiento y praxis de los trabajadores provocando en ellos un estado de espíritu todo épico e impulsándolos a trabajar por una forma de producción cada vez más libre y progresiva²².

La burguesía, mediante su acción, logró una preponderancia o *dominio* sobre las otras clases; esto ha sido un cometido bastante más fácil del que los obreros han de conseguir realizar, a saber, la *madurez*²³ de los predicados auténticamente humanos en el área individual y social, algo muy distinto y superior a las meras ventajas materiales y políticas. El desarrollo, pues, de las virtudes morales entre los proletarios es el objetivo del socialismo sindicalista revolucionario, ya que, en efecto, es necesaria una gran categoría moral para luchar sin afán de lucro, sin ansia de gloria, sin sed de poder, por la simple victoria de la causa proletaria, a sabiendas de que no se disfrutarán probablemente los resultados de la misma. El proletario combate en la

22. Cf. *Ibid.*, p. 388.

23. Cf. DÍAZ GUERRA, o. c., p. 126 ss.

sombra; los hombres que en la actualidad participan sinceramente en los movimientos obreros dan ejemplo de lo que siempre se ha contemplado como expresión de las más altas virtudes; si la historia recompensa la abnegación, existen razones para pensar que el advenimiento del socialismo es cosa cierta, puesto que él representa el más alto ideal moral que el hombre haya jamás concebido. Es una virtud la que nace, una virtud que puede salvar la civilización²⁴. El esfuerzo por algo mejor que se emprende sin miras a una recompensa personal, inmediata y proporcional, constituye la virtud secreta que asegura el progreso en el mundo²⁵; por eso el perfeccionamiento moral del proletariado es tan necesario como el perfeccionamiento material del utillaje para conducir a la industria a un nivel de producción siempre más alto²⁶.

Esta responsabilidad moral de los trabajadores por respecto a su misión emancipadora implica un enfrentamiento hostil, objetivo primero y subjetivo después, con la sociedad burguesa; a medida que se acerca al logro de sus fines, la clase proletaria va aniquilando a la clase capitalista, hasta llegar a su eliminación total cuando tales fines han sido plenamente conseguidos. De ahí que la supresión del capitalismo sea una obra que requiere y es el resultado del más sublime virtuosismo moral de los productores. La violencia de éstos no es un mal repudiable sino un imperativo ético categóricamente formulado por el proceso histórico de la humanidad hacia la libertad y dignidad de todos los hombres. La huelga general es la forma en que la hostilidad del proletariado se expresa más vigorosamente tanto como oposición en sí a la burguesía como en el espíritu de los productores; la huelga general, por tanto, es la materialización más cumplida y noble del imperativo moral antes mencionado. Cualquier intento de reconciliación entre las dos clases en conflicto entorpece la andadura del proletariado —que representa actualmente las aspiraciones de la raza humana— hacia sus objetivos; cuando es el mismo proletariado el que consiente en esta reconciliación, se muestra, aparte de débil y afeminado, sin la suficiente categoría moral, o, lo que es equivalente, sin una conciencia adecuada de su tarea como clase.

La idea, pues, que se hace Sorel del proletariado es la misma que se hizo Rousseau sobre el cuerpo social y su voluntad general. De una agrupación homogénea surge espontáneamente un querer o voluntad

24. Cf. *Réflexions sur la violence*, e. c., p. 351.

25. Cf. *Ibid.*, pp. 384-385.

26. Cf. *Ibid.*, p. 345.

que se dirige, sin equivocarse, al bien común del grupo; para que esa concordia no se malogre hay que impedir la injerencia de toda posible voluntad ajena al colectivo; la soberanía de éste es intransferible. Lo mismo entiende Sorel para el proletariado bajo el concepto de autonomía.

El problema con que se encaraba Rousseau una vez constituido el cuerpo social con su voluntad objetiva era el de conseguir que el querer de cada particular se identificara con ella; una información amplia y leal a la asamblea del pueblo produciría este resultado. Para Sorel la subjetivación en cada obrero de la finalidad asignada por la historia a la clase de los productores se obtiene mediante la praxis revolucionaria con la que se aviva el espíritu de grupo y se aprende la táctica a seguir. Para realizar su emancipación el proletariado ha de proseguir firmemente sus objetivos sin doblegarse ante los incentivos materiales y propuestas de paz que le presenta la burguesía; con ésta ha de mantener una guerra sin cuartel; esto exige en los obreros disposiciones morales de gran calidad. El papel atribuido por Rousseau a la información se lo atribuye Sorel a la virtud. A la virtud moral.

B.—*La autonomía de la burguesía*

No basta con que el proletariado se configure vigorosamente como clase aparte y ostente una hostilidad sin tregua a la clase dominante. Esta última ha de responder en la misma medida, esto es, ha de afirmarse a sí propia, llevar su labor emprendedora en el terreno de la producción sin desmayo, e incrementar incesantemente el expolio de los trabajadores.

Marx dio por supuesto que esto ocurriría, a saber, que la ley de hierro del desarrollo capitalista empujaba a la burguesía a acrecentar la producción, explorar nuevas fuentes de materias primas, perfeccionar mediante el uso de la ciencia el rendimiento y calidad de las máquinas, y, como consecuencia necesaria, reducir progresivamente al proletariado a la miseria y al aislamiento; éste se disciplinaría en el taller, mejorando su organización y capacidad de resistencia²⁷. La condición, pues, de un proletariado fuerte e intelectualmente desarrollado, capaz de asumir su responsabilidad histórica, era un capitalismo vital y explotador.

27. Cf. *Ibid.*, p. 119.

Las cosas no han transcurrido conforme a lo que parecía indicar una observación atenta del sistema capitalista en su primera etapa. La burguesía ha perdido mordiente, se ha vuelto conservadora; la vitalidad mostrada en sus orígenes no se percibe en la actualidad. Sorel lamenta este giro, deseando que la clase burguesa vuelva a su barbarie primitiva en el terreno social y a su audacia creadora en el área de la producción²⁸.

En efecto, el continuo perfeccionamiento en la organización del proletariado depende del perfeccionamiento en los instrumentos y en las formas organizativas correspondientes que aporta el capitalismo; si éste decae, pone en peligro el proceso de que se nutre la clase de los trabajadores como tal clase. A su turno, la nítida separación de clases depende de la violencia que la burguesía, dueña del estado, ejerce sobre los obreros; mas ahora, los burgueses intentan un acercamiento, y ello con éxito, a los proletarios; les conceden mejoras materiales, representación en el parlamento —órgano del estado o del poder—, les hablan de paz social, de deberes patrios, de democracia. Los sindicatos obreros han aceptado el ofrecimiento, han entrado en el juego democrático, en el compromiso social; actúan como los burgueses, les imitan. Sorel recuerda que éste fue el sino de otras revoluciones anteriores que, pretendiendo implantar una nueva sociedad, acabaron por imitar a sus contrincantes: la cristiandad heredó los vicios de los paganos; los germanos, avergonzados de su ignorancia, acudieron a las escuelas de los retores romanos, ya en decadencia; la revolución de 1789 conservó la mayoría de las instituciones del Antiguo Régimen²⁹. Ahora el proletariado parece estar abocado a la misma suerte; el afeminamiento de la burguesía repercute también sobre la clase trabajadora. Es preciso excitar a los burgueses a la violencia para contar con un enemigo válido, un enemigo irreconciliable, que provoque una respuesta igualmente violenta —y la legitime—. De otro modo el proletariado no cumplirá misión alguna de transcendencia, limitándose sencillamente a ser el heredero de la burguesía, y de una burguesía decadente.

28. Cf. *Ibid.*, p. 115.

29. Cf. *Ibid.*, p. 122 ss.

II

LA VIOLENCIA PROLETARIA

Así, pues, la escisión de las clases y su mutuo enfrentamiento es hoy, según Sorel, tarea del proletariado, ya que las leyes del desarrollo de la sociedad no han funcionado conforme a lo que preveía la teoría marxista. Al enemigo hay que hacerlo.

Sorel distingue entre fuerza y violencia. La primera es, en definitiva, la violencia que ejerce la burguesía, la que se halla objetivada en la estructura social; es la que se ha aplicado en períodos anteriores de la sociedad y que se ha revestido de muy diversas formas. [A]. La segunda, de la que hace una apología y que es la que compete al proletariado, es algo muy distinto; en la definición de su concepto es probablemente en lo que se ha ganado el título de «conocido confusio-nista» con que le obsequia Lenin. [B].

A.—*La fuerza de la burguesía*

La fuerza son los medios de que se valen los burgueses para estructurar la sociedad de acuerdo con sus intereses; abarca desde la guerra, la conquista, etc., hasta la ley que sanciona esa situación privilegiada. La fuerza camina hacia la autoridad y pretende exigir una obediencia automática. La autoridad se encarna en el Estado, al que los ideólogos erigen en órgano *natural* del ejercicio del poder; en nombre de la naturaleza se declara entonces inmoral todo acto que ponga en peligro la seguridad del estado, la unidad de la patria, el progreso y paz de la nación.

El culto al Estado, al que se atribuye un poder absoluto y se eleva a la categoría de fuente del derecho, ha servido para que la aplicación de la fuerza en provecho de quienes detentan el poder, se revista de la apariencia de una justicia absoluta. La realeza, la Iglesia, los revolucionarios que se han limitado a substituir en el uso del poder estatal a sus antecesores, no han hecho otra cosa que someter por la violencia *legal* a quienes se oponían a sus intereses personales.

Se identifica generalmente la violencia con los actos de barbarie perpetrados antaño por los bandidos, piratas, etc., y se opina que la superación de estos métodos tan drásticos y brutales por los procedimientos jurídicos de las sociedades civilizadas constituye un progreso y un cambio substancial; la diferencia empero entre aquélla y la que

ahora practica, en nombre del derecho natural, el estado organizado, sea civil o eclesiástico —sociedades político-criminales las denomina Sorel³⁰—, estriba no en que la última sea menos repugnante e inmoral sino más astuta e incruenta; pretende, en efecto, presentarse como exigida por la naturaleza de las cosas. Con razón dicen los anarquistas que las cosas no son aún suficientemente naturales³¹.

B.—*La violencia de los proletarios*

La fuerza tiene por objeto imponer un orden social en el que gobierna una minoría, mientras que la violencia proletaria tiende a la destrucción de ese orden. La burguesía ha empleado la fuerza desde el principio de los tiempos modernos; el proletariado reacciona contra ella y el Estado por la violencia³². Así, pues, lo que especifica a la fuerza revolucionaria de los obreros es su intención de acabar con toda forma de dominio de una parte de la sociedad sobre la otra; el proletariado, destruyendo a la burguesía y pasando a ser el único y entero sujeto social del futuro, no aspira a ejercer autoridad alguna sobre otros sino sobre sí mismo; en la sociedad del porvenir todos serán hombres libres. Es cierto que Marx introduce un período intermedio de dictadura del proletariado; es esto debido a que no poseía una idea clara de todos los detalles que afectan al tema; en concreto no conocía la distinción que nos aparece hoy día tan clara entre fuerza burguesa y violencia proletaria, porque los ambientes en que vivió carecían de una concepción satisfactoria de la huelga general³³. [1].

El mito de la huelga general realiza más cumplidamente todos los cometidos atribuidos por Marx a la revolución; es un método, por tanto, ortodoxo en la lucha revolucionaria que compete y caracteriza al movimiento socialista. [2].

Aunque en la descripción de la violencia proletaria entre el concepto de mito, ello no quiere decir que tal violencia no tenga efectos reales; los tiene, siendo el compendio de los mismos la liquidación efectiva de la clase capitalista; la forma en que esta liquidación tiene lugar es uno de los puntos en que Sorel se muestra más cauto, esto es, más obscuro. [3].

30. Cf. *Ibid.*, pp. 298, 300, 325, etc.

31. Cf. *Ibid.*, p. 269 ss.

32. Cf. *Ibid.*, pp. 256-257.

33. Cf. *Ibid.*, pp. 266-267; p. 250.

1.—*El mito de la huelga general.* Para los sindicalistas revolucionarios todo el socialismo se resume y contiene en la huelga general³⁴; ésta, en efecto, es la suprema expresión de la violencia que los obreros pueden concebir y perpetrar contra la burguesía; es el método, por tanto, más apropiado para lograr una perfecta separación y enfrentamiento entre las dos clases.

Su significación y sus efectos sobre el espíritu de los obreros los compara Sorel con el que tiene para los soldados la batalla definitiva en una guerra total; precisa que se trata de soldados que se lanzan espontáneamente a la lucha, que no tienen jefes señalados ni una disciplina impuesta desde arriba. Los soldados de las guerras de Libertad lucharon heroicamente, sin buscar beneficios materiales, sin aspirar a condecoraciones y ascensos —cosa que harían más tarde los soldados de Napoleón—, convencidos sencillamente de que participaban en una causa justa y noble. De igual manera la huelga general despierta en el ánimo de los trabajadores el sentimiento de que se encuentran en el momento final, de signo catastrófico, de la batalla que les dará el triunfo sobre la burguesía y el Estado. «Los hombres que participan en los grandes movimientos sociales se representan su acción próxima bajo la forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa. Yo he propuesto llamar *mitos* a estas construcciones cuyo conocimiento ofrece tanta importancia para el historiador»³⁵. El mito no contiene una descripción de las cosas y un intento de reformarlas, que es justamente lo específico de la utopía; el mito permite comprender la actividad, los sentimientos y las ideas de las masas populares que se preparan a entrar en una lucha decisiva³⁶; se identifica con las convicciones de un grupo, convicciones que no dependen de los acontecimientos concretos históricos³⁷.

La función más importante del mito de la huelga general es la de ahondar la escisión entre el proletariado y la burguesía, enfrentándolos a muerte. El ejemplo más obvio y esclarecedor a este particular nos lo ofrece el mito cristiano según el cual los fieles de Cristo, la Iglesia, estaban enfrentados en lucha sin descanso a las potencias del mal, al Príncipe de este mundo, a Satán. Este mito contribuyó decisivamente a que los cristianos se sintieran unidos por una voluntad y un des-

34. Cf. *Ibid.*, p. 232.

35. Cf. *Ibid.*, p. 32.

36. Cf. *Ibid.*, p. 46.

37. Cf. *Ibid.*, p. 47.

tino común, contrarios al de los paganos; la resistencia de la iglesia primitiva al Estado fue máxima en el ámbito del mito, no así en la realidad material: efectivamente, los cristianos que ocupaban puestos en la administración eran numerosos, mientras, por otra parte, las acciones violentas de los paganos fueron de hecho poco importantes, siendo el número de los mártires muy inferior al que suele pensarse³⁸. Pero cualquier martirio ocurrido era visto inmediatamente en la perspectiva abierta por el mito, convirtiéndose en expresión de esa lucha total a que hace referencia. Esta actitud ha sido mantenida por la Iglesia católica frente a los ataques provenientes del exterior, lo que ha hecho que esta Iglesia, al contrario que las protestantes, tenga todavía una fuerza y vitalidad sorprendentes.

Estos efectos *ideológicos* del mito son lo que importa. El tiempo en que sitúa la liberación está en el futuro, mas que el momento de la gloria se vaya atrasando continuamente no afecta a su credibilidad. Tampoco el triunfo real: todo fracaso se atribuye a falta de preparación, a que todavía no ha llegado la hora. Al mito no se le puede refutar, ya que la voluntad y esperanza que en él se encierran no se dejan describir ni condicionar por el curso de los acontecimientos históricos; cualesquiera que sean éstos el mito sigue siendo verdadero. Los mitos son formas de actuar sobre el presente y no tiene sentido el discutir sobre la oportunidad o no de aplicarlos materialmente a las circunstancias del momento presente; la ideología del mito cristiano no tenía que ver nada con los hechos materiales³⁹. El mito es una organización de imágenes que evocan instintivamente los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra emprendida por el socialismo contra la sociedad moderna; así es percibido por los auténticos sindicalistas aunque no sepan aclarar y definir cada una de las partes que integran el mito de la huelga general, ya que tal mito es un todo indiviso⁴⁰. La claridad, por otra parte, no es el atributo de ninguna ciencia, menos aún de la religión; lo que es claro en cualquier disciplina es lo más anodino; lo más atrayente de la religión es

38. Cf. *Ibid.*, p. 274.

39. Cf. *Ibid.*, p. 276; p. 40; p. 56.

40. Cf. *Ibid.*, p. 33. «No hay que olvidar que la perfección de este modo de representación se desvanecería al instante si se pretendiera resolver la huelga general en una suma de detalles históricos; es necesario apropiarse de su todo indivisible y concebir el paso del capitalismo al socialismo como una catástrofe cuyo proceso escapa a la descripción» (*Ibid.*, p. 217).

lo misterioso⁴¹. Toda pequeña huelga aviva sentimientos nobles en los obreros; la huelga general provocará los más nobles.

2.—*La ortodoxia revolucionaria de la huelga general.* ¿Contiene el mito de la huelga general todos los elementos y finalidades que, según Marx, pertenecen a la lucha socialista? Sorel trata de demostrar que es así.

El primero es producir la división radical de la sociedad en dos clases suscitando su antagonismo. La huelga general provee perfectamente a este objetivo, al mantener viva la conciencia de la propia situación del proletariado y al rechazar todo reformismo. Es el socialismo oficial, el parlamentario, el que se ha doblegado ante la tendencia manifestada por la evolución histórica, patrocinando un acercamiento y conciliación entre las clases y tratando de evitar, o al menos de controlar, las huelgas de los obreros. Estos, opina Marx, oprimidos por los capitalistas, se organizan y disciplinan en el taller, ofreciendo una resistencia cada vez más fuerte y engendrando espontáneamente, en virtud de las condiciones objetivas a las que tienen que hacer frente, su propia cultura; para que esto ocurra se requiere que permanezcan aislados de influjos externos, entre ellos solos. La huelga general sindicalista produce estos efectos aislacionistas y vinculantes, como hemos visto. El socialismo parlamentario, sin embargo, pretende enseñar a los obreros cómo han de comportarse, asignándoles especialistas en filosofía, en derecho, etc., que les instruyan en esas ciencias elaboradas y utilizadas por la burguesía en su propio provecho.

La revolución socialista, enseñan Marx y Engels, importa una transformación irreformable, una separación absoluta entre dos eras de la historia. Esta es justamente la doctrina de la huelga general: ocasionará un cambio irreversible inaugurando un nuevo período en la historia de la humanidad. Es claro que el socialismo parlamentario sólo aspira a reformar la situación social presente.

La teoría de la huelga general no implica la confección de programas a los que hayan de atenerse los proletarios; tal programa, como dice Marx, se encuentra ya en marcha en las fábricas y sus estructuras

41. Cf. *Ibid.*, p. 209. «El socialismo es necesariamente una cosa muy obscura, puesto que trata de la producción, es decir, de lo más misterioso que existe en la actividad humana, y porque se propone aportar una transformación radical en esta región que es imposible de describir con la claridad que uno encuentra en regiones más superficiales del mundo. Ningún esfuerzo del pensamiento, ningún progreso de los conocimientos, ninguna inducción razonable, podrá jamás hacer desaparecer el misterio que rodea al socialismo» (*Ibid.*, p. 217).

opresivas. El socialismo oficial se afana impertinentemente por establecer una estrategia de lucha de acuerdo con las disposiciones de ánimo de la clase burguesa en orden a obtener reformas ventajosas. El socialismo sindicalista revolucionario no dialoga con los patronos ni les suplica mejoras de ningún tipo; deja de trabajar, preparando así la liquidación definitiva de los burgueses⁴².

3.—*La liquidación violenta de la clase burguesa.* La huelga general entendida como mito es, según las exposiciones de Sorel, el factor decisivo para asegurar, dada la configuración de las relaciones sociales en el presente, la revolución del proletariado y el asentamiento de una nueva sociedad. Expresa en su máxima medida la resistencia de los productores a la sociedad burguesa, cumpliendo el papel que Marx, equivocadamente, había otorgado a las leyes económicas del desarrollo capitalista. Nadie niega hoy que el mito tenga una influencia efectiva sobre la realidad; pero cabe preguntarse, no obstante, si la repercusión de esta violencia tan tremenda sobre el curso de la vida humana se corresponde con lo que augura el mito, esto es, si propicia un exterminio brutal y sanguinario del enemigo.

Sorel, que destaca en primer término la tiranía implacable y odiosa ejercida por el Estado en todas sus formas en nombre de una justicia transcendental, la violencia sanguinaria de que hicieron muestra los burgueses en la revolución francesa de 1789, y la opresión a que las estructuras sociales creadas por la burguesía triunfante someten a la clase proletaria, se empeña en poner en claro que la violencia de los obreros, de la que hace una ardiente apología, no es eso. Esencialmente porque su objetivo es la supresión de todo poder, sin aspirar ella misma a alzarse con autoridad o dominio sobre otros. «La guerra social, para la que no cesa de prepararse el proletariado en los sindicatos, puede engendrar los elementos de una civilización nueva, propia de un pueblo de productores»⁴³. Es esta orientación hacia una transformación irreformable de la sociedad, sentida por los trabajadores como una obra de capital importancia en el proceso histórico, lo que hace a las huelgas violentas poseer el carácter de un acto sublime, noble, transido de moralidad. Los efectos civilizadores de la violencia ejercida por el sindicalismo revolucionario la justifican de sobra; es una cura contra toda autoridad mediante un gesto, el último, de autoridad suprema.

42. Cf. *Ibid.*, p. 195 ss.

43. *Ibid.*, pp. 434-435.

La conciencia de que cumplen una sublime misión histórica purifica los móviles que lanza a los proletarios a la violencia, vale decir, a la guerra santa contra los burgueses. El odio no tiene aquí cabida como tampoco la envidia; por ellos se dejaron arrastrar los revolucionarios de 1789. La guerra, en cambio, de los productores, guerra total y abierta contra un enemigo irreconciliable, excluye todas las abominaciones que han deshonrado a los burgueses del siglo XVIII y que, hipócritamente, recubrieron con el manto de un proceso judicial⁴⁴. La guerra social apela al honor que de una manera espontánea se desarrolla en todo ejército organizado; este honor elimina, más eficazmente que la moral, cualquier tipo de villanía⁴⁵. El proletariado no se afana por ventajas materiales sino ideológicas; la violencia a que acude para lograrlas no le degrada, antes se compagina con un gran sentido de la honradez, como ocurre con el soldado que participa en una batalla decisiva, a la que se lanza el primero sabiendo que morirá y que no alcanzará a percibir los frutos de la misma, o con muchos hombres, sencillos y honrados, que matan a sus semejantes para defender sus derechos injustamente atropellados. En la guerra de Cataluña, en los tiempos de Napoleón, se cometieron numerosas atrocidades, pero ninguna de ellas por la cuenta de los soldados españoles enrolados durante un cierto tiempo en la milicia, pues de éstos se había apoderado ya la profesionalidad, sintiendo la guerra como la defensa de una causa justa no como el medio de desahogar su odio⁴⁶.

Por otra parte, para obtener las consecuencias ideológicas que persigue esencialmente la violencia proletaria, basta cualquier pequeño detalle de resistencia o agresión, como bastaba a los cristianos una insignificante persecución o martirio para sentirse envueltos en una descomunal batalla contra los poderes satánicos de este mundo. «Para llevar a los trabajadores a ver los conflictos económicos como imágenes débiles de la gran batalla que decidirá el futuro, no es en absoluto necesario que haya un gran despliegue de la brutalidad ni que la sangre se vierta a torrentes»⁴⁷. «La civilización no está amenazada de sucumbir bajo las consecuencias de un desarrollo de la brutalidad, puesto que la idea de huelga general permite alimentar la noción de lucha de clases mediante incidentes que parecerán mediocres a los historiadores burgueses»⁴⁸. En el fondo, tanto por razones teóricas como

44. Cf. *Ibid.*, p. 435.

45. Cf. *Ibid.*

46. Cf. *Ibid.*, p. 161; p. 270.

47. *Ibid.*, p. 273.

48. *Ibid.*, p. 279.

para salvaguardar una violencia proletaria pura y sublime, a la altura de su misión transcendental emancipadora, Sorel insiste en la conveniencia de que el capitalismo mantenga su calidad de fuerza enérgica y emprendedora, de enemigo potente y declarado del proletariado; de esta suerte la mera resistencia de este último constituiría una actitud guerrera suficiente que le pondría al abrigo de cometer acciones odiosas y abominables. «Si una clase capitalista es enérgica, afirma constantemente su voluntad de defenderse; su actitud franca y lealmente reaccionaria contribuye, al menos tanto como la violencia proletaria, a marcar la escisión de clases que es la base de todo el socialismo»⁴⁹.

Finalmente, la liquidación de la clase opuesta la describe Sorel en términos inocuos, después, no obstante, de haber sostenido que «la huelga es un fenómeno de guerra; decir que la violencia es un accidente llamado a desaparecer de las huelgas es cometer una gran mentira»⁵⁰: «El socialismo se reduce para ellos (para los sindicalistas revolucionarios) a la *idea*, a la *espera*, a la *preparación* de la huelga general, la cual, de manera semejante a una batalla napoleónica, suprimiría todo un régimen condenado»⁵¹. «Se trata de una transformación en el curso de la cual patronos y Estado serán puestos fuera de combate por los productores organizados. Nuestros intelectuales, que esperan obtener de la democracia los primeros puestos, serán remitidos a su literatura; los socialistas parlamentarios, que encuentran en la organización creada por la burguesía los medios de ejercer una cierta parte de poder, resultarán inútiles»⁵².

La violencia soreliana es una categoría aparte. No renuncia expresamente al acto de fuerza opresivo y cruento, mas tampoco lo acoge abiertamente; lo trata como algo necesario, inevitable, en el que las manos del proletariado no se ensucian —como se ensuciaron las de los burgueses en 1789—, porque procede con altura de miras, centrado en el futuro —hermoso— más que en el presente —repulsivo—. Es una traducción a términos platónicos del principio maquiavélico: «aunque el hecho acuse, el efecto excusa»⁵³, sólo que Sorel intenta excusar ya el hecho mismo, la violencia⁵⁴.

49. *Ibid.*, p. 273.

50. *Ibid.*, p. 434.

51. *Ibid.*

52. *Ibid.*

53. *Discor.*, I, 9. Burnham cree tener razones para introducir a Sorel entre los maquiavelistas. Cf. James BURNHAM, *Los maquiavelistas*. Emecé Editores, Buenos Aires 21953.

54. Cf. José Ventura FEIJOO DE LA VEGA, *Del mito a la moral de los productores en el pensamiento político de Sorel*, en «Arbor» 67 (1967) 305-317.

III

REFLEXIONES SOBRE *Reflexiones sobre la violencia*

1. La preocupación axial de Sorel en su apología de la violencia proletaria es la de garantizar la unidad incontaminada de la clase obrera distinguiéndola y oponiéndola nítidamente a la clase burguesa; todo ello es condición indispensable para que la esperada revolución socialista ocurra según las previsiones teóricas del marxismo.

Los hechos, tal como se desprenden del análisis del mismo Sorel, hablaban ya en contra: democracia, socialismo parlamentario, debilitamiento de la clase burguesa, trasiego de los trabajadores a niveles ideológicos y económicos de la burguesía. Este fenómeno, como nos recuerda él mismo, había tenido sus precedentes en el decurso de la historia: los cristianos habían asimilado los vicios de los paganos, los bárbaros del norte las costumbres romanas, la revolución burguesa las instituciones del Antiguo Régimen; por nuestra cuenta podíamos añadir a esta lista lo que está sucediendo en nuestros días, a saber, que los pueblos subdesarrollados imitan a los desarrollados, a los capitalistas. Esta es por tanto la ley de la historia para quienquiera que esté atento a los hechos y no a hermosas elucubraciones filosóficas. ¿Por qué, pues, insistir en que *hay que* parar ese trasiego, en que la clase obrera *tiene que* o *debe* mantenerse encerrada en sí y para sí? ¿No decimos que lo moral no cuenta, sino los implacables acontecimientos?

La ética burguesa trata de subvenir al desfase existente entre la realidad concreta y la ideología que la describe; el acuerdo entre ambas o, más propiamente, la coexistencia sólo es posible si a la conducta que respeta ese desfase y permite esa coexistencia se la grava con el noble calificativo de deber u obligación moral; tal ética consigue ahorrar el comportamiento de los obreros a los intereses de los capitalistas, pero le pone en contradicción con los hechos reales; éstos piden una acción enteramente diferente, en el caso contemplado por el marxismo, la liquidación de las estructuras sociales creadas por la burguesía; por eso la moral burguesa es una ciencia alienada y un instrumento de opresión. La teoría marxista rechaza en consecuencia toda consideración ética; propiamente, sin embargo, el resultado es mucho más modesto: substituye la moral dicha burguesa por la moral dicha proletaria. En Sorel se aprecia más claramente este recurso a las consideraciones morales, si bien la diferencia sólo es de grado por respecto a lo que se observa en la actitud de Marx. En efecto, el análi-

sis soreliano, realizado en una época posterior, le revela que el camino real seguido por la clase proletaria se distacia notoriamente del previsto en el análisis científico que ofrece la teoría marxista, realizado poco antes; el desacuerdo entre la realidad y la ideología —la marxista en esta ocasión— es enorme; en consecuencia —consecuencia de tipo burgués, sin duda alguna— la *obligación moral* que pesa sobre el proletariado en orden a corregir el curso indebido de la historia es también extrema. Lo que postula empero la doctrina marxista es una lectura atenta de los acontecimientos y una estrategia o teoría correspondiente, de ninguna manera una soflama moral. ¿Por qué se empeña Sorel en dictar a los trabajadores un comportamiento distinto del que ellos mismos siguen? ¿No será que tanto él como Marx pertenecen a esa camarilla de intelectuales que pretenden enseñar a quienes están más instruidos que ellos? En Sorel se compendia la actitud del marxismo teórico y político que, después de repudiar insolentemente toda moral, colman de discursos morales y parenéticos a los proletarios, recordándoles la sublime misión histórica que al parecer les está reservada y de la que éstos, por su propia cuenta, no hacen ningún caso.

El proletariado no es una noción abstracta; su marcha no tiene lugar en el cielo de las ideas; en la tierra ha optado por las ventajas económicas y sociales creadas por la burguesía y hasta por la mentalidad de ésta. Así lo reconoce Sorel, pero en vez de sacar las conclusiones que se imponen, la emprende con predicaciones estimulantes. Marx destacó acertadamente el influjo del factor económico; su error fue pensar que el proletariado se hallaba al abrigo de ese influjo; al principio del capitalismo el poder adquisitivo de los obreros era tan bajo que no les permitía concebir deseo alguno de riqueza y prosperidad inmediata; la tesis de su empobrecimiento progresivo les ponía a salvo de este vicio burgués en el futuro; el proceso ocurrido fue, sin embargo, el contrario, aumentando su afán de bienestar y de ventajas materiales a medida que se incrementaba su riqueza y su poder social; contra ello clama Sorel apelando al valor moral de una lucha desinteresada al estilo de los soldados en las guerras de Libertad. Por lo que se refiere al coto cerrado que han de formar los productores, impermeables a las propuestas de paz y colaboración que les brinda la burguesía, y decididos a ser antimilitaristas y antipatriotas, nada más elocuente que la guerra del 14; ésta la hicieron los franceses —todos los franceses— con gran espíritu patriótico contra los alemanes —todos los alemanes, esto es, burgueses y proletarios—. Sorel no dice

ni una palabra sobre este hecho cuando en 1919 publica la cuarta edición de sus *Reflexiones sobre la violencia* (la primera era de 1908).

2. El proletariado es la clase de los solos productores; el trabajo manual, el contacto con las máquinas, es lo que define a este grupo; es este tipo de trabajo el que transforma a la naturaleza exterior o natural produciendo una naturaleza artificial o medio ambiente a la medida del hombre. Dado que, como enseña Vico, sólo conocemos aquello que hacemos, el productor manual es quien de todos los miembros de la sociedad está capacitado para desarrollarse intelectualmente. Esta teoría es también típica del idealismo alemán, especialmente de Fichte. Es análoga a la suscitada por la nueva concepción de la física cuántica: la cosa en sí, el hecho o fenómeno natural, nos es inaccesible; lo que el científico percibe en sus experimentos es el comportamiento a que las condiciones experimentales obligan a las partículas atómicas, pero no el comportamiento en sí, ni, por tanto, la naturaleza en sí de tales partículas⁵⁵. El desarrollo tecnológico será causa de que los obreros —añade Sorel—, observando y controlando el funcionamiento de las máquinas, adquieran una mayor comprensión de la naturaleza y de los modos de actuar sobre ella.

Igualmente la organización que las nuevas técnicas productivas implantan en las fábricas es asimilada por los obreros en su propio provecho, constituyéndoles en un grupo disciplinado por sí mismo, autónomamente, capaz de suplantarse a la burguesía en su momento sin necesidad de acudir a una dirección externa.

El primer supuesto de Sorel está en contra de su propia doctrina; quien hace la máquina es quien la conoce, es decir, el burgués y no el obrero. Es la ciencia burguesa la que fabrica una tecnología cada vez más sofisticada; Sorel debería explicar cómo ello es posible a quienes no ejercen trabajo manual alguno. «Lo productivo» empieza mucho antes de que la máquina entre en contacto directo y material con la naturaleza; la fila de los productores no empieza y termina en los obreros manuales, antes se prolonga extensamente abarcando todo tipo de actividades y miembros de la sociedad; Sorel insiste en que productor es por antonomasia o exclusivamente el trabajador de las fábricas; lo exacto sería decir que *también* el obrero manual pertenece, con el mismo título y el mismo rango, al orden de los productores. Está asimismo en contradicción ese supuesto con la experiencia de to-

55. Cf. Werner HEISENBERG, *Diálogos sobre la física atómica*. BAC, Madrid 1972, 317 pp.: p. 153.

dos los días que nos dice que no solamente en la fábrica sino fuera de ella el usuario de la mayoría de los artilugios no tiene ni idea de cómo están contruidos ni de cuáles son las leyes naturales en que se basan. Detrás de toda máquina moderna existe un cúmulo de conocimientos teóricos y prácticos que no se adquieren ni dominan aunque se esté toda la vida dándole vueltas a la tal máquina. La cultura, incluida la técnica, es fruto de un estudio específico y constante, que exige esfuerzo y entrega, no bastando la simple manipulación de instrumentos productivos; esto último es válido quizá cuando se trata de culturas primitivas que utilizan escasos y rudimentarios útiles para el trabajo.

Por lo que se refiere a la organización espontánea que surge en el taller y a la autonomía directiva de los obreros, es cierto cuando se trata de ocasiones excepcionales y de poca duración. La tendencia general, sin embargo, no ya del obrero sino de todo hombre es la de encomendar a otros las tareas organizativas y de dirección. Constantemente se subraya el ansia de poder como causa de las estructuras autoritarias y se contempla a los subordinados como víctimas; pero también es real el fenómeno contrario: se delega el poder por comodidad. Hay que tener en cuenta los dos procesos y no únicamente el que aquí denuncia Sorel. Eric Fromm ha ido más allá en este análisis, descubriendo que existen individuos que necesitan ser dirigidos y gobernados⁵⁶.

3. La escisión entre las dos clases es el objetivo principal de la violencia soreliana; evoca los triunfos que ha dado y da a la Iglesia católica ese sentimiento de estar aparte y enfrentada a un enemigo irreconciliable. A este respecto cabe indicar que tanto el cristianismo como el proletariado se presentan como doctrinas y soluciones prácticas de la hermandad universal entre todos los hombres. El mito del dualismo es la negación más completa y redonda del mensaje cristiano, al haberse traducido en una enemistad factual con otros grupos humanos; el de la enemistad integral entre proletarios y burgueses bien pudiera serlo de la significación emancipadora que se atribuye al proletariado. Es bonita, no cabe duda, la hostilidad pura, sin odios ni envidias; otra cosa empero es que quien practica la violencia pueda permanecer limpio de todo odio; la psicología humana pone en cuestión este supuesto para cuyo cumplimiento se requieren hombres no conocidos todavía.

56. Cf. Eric FROMM, *El miedo a la libertad*. Paidós, Buenos Aires 1961.

4. La justificación última de la violencia proletaria, sobre todo frente a la ejercida por la burguesía, es que el proletariado y no la última es portador del sentido de la historia. Esto no es solamente una hipótesis sino, en la época de Sorel y a la luz de los resultados que él mismo obtiene al examinar la realidad, una hipótesis desautorizada. En forma cruda su argumentación, como la marxista, puede resumirse así: todos cometemos violencia, pero yo tengo la razón y, por tanto, la mía está justificada. Esto no es ninguna teoría nueva; desde luego ninguna distinta de la burguesa, tan criticada.

5. A todos los respectos la teoría de la violencia de Sorel y el marco ideológico en que la encuadra da la impresión de ser una utopía, aunque él, por supuesto, lo niegue enérgicamente⁵⁷. La violencia proletaria es el medio de acabar con toda violencia en la sociedad para siempre y de introducir al proletariado como el protagonista de la historia; con éste desaparecería definitivamente cualquier tipo de autoridad opresiva entre los hombres. Sorel es un anarquista, un ácrata⁵⁸, poseído de unos sentimientos morales de gran categoría, como es habitual en los hombres que han destacado dentro de este movimiento. En cuanto vincula su postura al marxismo y a su contexto se le pueden hacer las objeciones que hemos formulado desde el punto de vista de la realidad, a la que él mismo se remite; pero en cuanto a los objetivos que persigue y a los métodos que propone no se puede menos de admirar la nobleza y la puridad de que los reviste. Al mismo tiempo, concederles un influjo efectivo, pero no el que él se figura y defiende sino el propio del mito, de la utopía, influjo que no depende de los acontecimientos reales, de la marcha factual de la historia, como el mismo Sorel señala. El esquema soreliano de la violencia sigue poseyendo validez en toda estructura social opresiva, por más que cambien los elementos que la sostienen; por ejemplo, aun cuando la clase obrera —en contra de las predicciones hechas— se convirtiera en clase dominante, o llegara a formar parte de una estructura más general que practica el dominio y la explotación sobre países subdesarrollados, como es el caso en nuestros días para la clase trabajadora europea, así del Este como del Oeste.

57. Cf. *Réflexions sur la violence*, e. c., p. 45 ss.; p. 207.

58. Cf. *Ibid.*, pp. 56-57; p. 343. Cf. también Predrag VRANICKI, *Historia del marxismo*. Ediciones Sígueme, Salamanca 1977: Vol. I, pp. 225 y 228.

Históricamente la doctrina soreliana ya ha servido para inspirar y alentar el fascismo italiano⁵⁹; la idea de constituir un grupo especial, escogido, dotado de valores excepcionales y únicos que es preciso defender frente a todos los demás hombres y naciones, es típica de las ideologías fascistas y totalitarias. Por supuesto, tal derivación de sus ideas es por entero extraña a Sorel; pero es una muestra de la independencia de esas ideas por respecto a una realidad dada. Sirven para situaciones muy diversas; lo importante es que se las aplique a la adecuada.

EMILIO G. ESTEBANEZ

59. Cf. Roger LABROUSSE, *Introducción a la filosofía política*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1953, 332 pp.: pp. 275-276.